

TEXTOS DE
JUAN CARLOS SDCHMID
2016-2019

I. EL PERONISMO VUELVE CON VARIAS LECCIONES HISTORICAS APRENDIDAS

Perfil, noviembre 2019

“Vamos a volver” fue la consigna más coreada en la reciente campaña electoral del frente encabezado por el justicialismo. Más que una “mística del retorno” fue, en definitiva, la unidad alcanzada por gobernadores, intendentes, dirigentes y militantes de distintas líneas la que posibilitó esta vuelta del peronismo. Cabe entonces preguntarnos cómo, por qué y para qué volver.

Recordemos que, para los medios y buena parte de la dirigencia política, no hace mucho el peronismo aparecía como acabado. Tras sucesivas derrotas electorales, el agotamiento de su programa económico después de más de una década de gobierno y un ejercicio político marcado por la confrontación, muchos pensaban que habíamos perdido lo más característico desde los orígenes de nuestro movimiento: la indiscutible capacidad de postular alternativas para el conjunto de la ciudadanía y de renovarnos ante otra etapa política. Soberanía popular. Fue necesario aprender la lección, volviendo a ubicarnos en el contexto histórico. Unos debieron dejar de lado las

fantasías de “superar” al peronismo; otros tuvimos que masticar no pocas amarguras. Todos tuvimos que contribuir a elaborar una síntesis para contener a la mayoría del movimiento. Una síntesis que, como tantas veces en nuestra historia, pasa por la recuperación y la actualización del ideario peronista, surgido de la visión de los fundadores de nuestro movimiento, y sobre todo construida en las epopeyas del pueblo trabajador. Un ideario centrado en la soberanía popular, la independencia económica, la justicia social y un poder de decisión puesto al servicio de la causa nacional. Entonces, volvimos sobre nuestro destino, sin caer en la tentación del posibilismo, sin resignación, apelando al sentimiento de grandeza que anima siempre a nuestro pueblo. Y lo hicimos, no solo para ganar una elección sino fundamentalmente para terminar con una Argentina de pocos y para pocos, asentada sobre el privilegio y la especulación. De eso se trata el volver, simplemente volver a construir una Patria que sepa ser hogar de todos. Esa Patria, justa, libre y soberana, que no es un “eslogan” del peronismo sino su misma razón de ser, como fuerza de cambio transformadora. Revolución. El peronismo es el mecanismo revolucionario de los trabajadores, promotor de la clase media y, en general, abanderado de los sectores populares. Al mismo tiempo es el mejor motor de crecimiento y desarrollo del país. Está registrado en nuestro pasado: cuando los trabajadores y la clase media, virtualmente excluidos del mercado hasta la década de 1940, pudieron “ir de compras” fue gracias a las políticas de justicia social del peronismo. Fue en esos años cuando creció el comercio, se puso en marcha la producción y se recaudaron más impuestos, lo que permitió garantizar la salud y la educación. Así mejoró el bienestar, sin hambre ni desocupación porque los menos favorecidos

podieron satisfacer sus necesidades y porque los sectores medios accedieron a bienes durables, culturales y de esparcimiento disfrutando todos de una vida digna. Aquellos logros del peronismo lo convirtieron en un formidable instrumento para generar ciudadanía. El republicanismo que tanto se pregona, si hablamos de una democracia real, requiere de ciudadanos plenos, es decir, habitantes de un territorio con derechos constitucionales y un adecuado sistema institucional; ciudadanos que gocen de las condiciones para cubrir las necesidades básicas de una vida moderna. Es falso que exista ciudadanía plena y república auténtica si hay desempleo crónico, si hay hambre, si los jóvenes no tienen acceso al mundo laboral, si no está garantizada la salud pública, si no existe la posibilidad de una educación que iguale las oportunidades. República vacía, república vaciada. Esta es la diferencia entre una república vacía y virtual, frente a la república real y efectiva. Al no considerar estas demandas se cae en un republicanismo vacío; es el espejo de las desdichas que padecen nuestros hermanos de Chile. Padecimientos que son fruto de un “modelo” económico y social cuyas sombras denuncié, en un texto firmado el 18 de febrero de 2010 como miembro del Comité Ejecutivo de la Confederación Sindical de Trabajadores y Trabajadoras de las Américas. Ya entonces, el terremoto y el tsunami fenómenos naturales ocurridos del otro lado de la Cordillera ponían al desnudo las consecuencias de la práctica inmisericorde del neoliberalismo, sus sagrados valores de individualismo, “meritocracia” y éxito personal. También los argentinos lo venimos padeciendo en estos cuatro años que están llegando a su fin. Los enfoques neoliberales del gobierno del ingeniero Macri fueron maniatando a la Argentina a esta crisis agobiante, sumergiéndola en la

pobreza a más de la mitad de nuestros niños y jóvenes, en un presente sombrío. Y como no podía ser de otro modo, el sistema institucional se ha ido deformando, en la medida en que los intereses de quienes adoran los mercados prevalecen por sobre las necesidades de todos. La república verdadera se construye con ciudadanos libres, no con esclavos sumidos en una crisis económica y social que no les reconoce derechos. Menos aún se levanta con habitantes que solo adquieren la categoría de actores políticos cuando se los llama a ejercer el voto obligatorio, y entre elección y elección no son considerados en el inventario social. Deudas. Estamos frente a un endeudamiento descomunal e irresponsable, que condiciona de manera brutal nuestro futuro, deuda cuya renegociación requerirá la mayor unidad de todo el pueblo. Desafío que demanda vocación de servicio y humildad para que las dirigencias sepan elevarse sobre las miserias de la política cotidiana, las internas, las operaciones de prensa, las “disputas de espacios”. Demanda que exige dejar atrás la Argentina del “cambalache” y la decadencia sin fondo, a fin de emprender un camino que necesita, en primer lugar, del trabajo genuino y de inversiones planificadas si queremos un modelo de desarrollo sustentable. La nación del siglo XXI es un proyecto en busca de actores. Y el peronismo, como generador de ciudadanía y expresión de un auténtico sentido popular, sin lugar a dudas debe cumplir un papel protagónico. Desde ya, nadie pretende volver a 1945 ni a los 70. Más bien debemos pensar en el país de 2045. Una Argentina que seguramente será gobernada por alguien que ya nació y que está entre nosotros. Es nuestra responsabilidad que ese liderazgo surja alimentado y bien educado, porque ese talento debe formarse sanamente con vistas al futuro. Matriz humanista.

No nos engañemos: el mundo moderno se construyó y se construye, en medio de sus contradicciones innegables, dentro de una matriz humanista que, contra viento y marea, va a acentuarse cada vez más. Aquel que tozudamente pretenda ver el futuro con el formato de una planilla de Excel no solo se equivoca, sino que es, en términos del siglo XXI, lo más parecido al hombre de Cromañón. Esa matriz humanista es la que lleva al peronismo a promover la plena ciudadanía y, a través de ella, fortalecer el concepto de nación, fomentando la comunidad organizada, para abordar un futuro en paz, armonía y solidaridad con América Latina. Nuestras banderas siguen vigentes: trabajo, justicia social, derechos sociales, ancianidad y niñez son valores que constituyen el núcleo ideológico del justicialismo, pero pueden ser enarbolados por cualquier político del campo popular. Si queremos ser mejores hay que vencer la tentación de la hegemonía, cierta tendencia al autoritarismo, abriendo la agenda a la irrupción de los jóvenes y las mujeres, al problema ambiental, a la innovación tecnológica, a los dilemas éticos del presente y el futuro. Volvimos para ser mejores, ha dicho el compañero presidente: trabajemos con la mirada puesta en el horizonte, en la búsqueda de la felicidad general, suturando heridas, tendiendo la mano, empeñados en dibujar en el país la sonrisa ancha del pueblo argentino.

II.LA CGT SE CONVIRTIÓ EN UN GIGANTE CON PIES DE BARRO

Perfil, octubre 2018

La situación actual nos ubica, a los argentinos en general y a los dirigentes en especial, en un escenario extremadamente frágil. La crisis generada por Cambiemos ha provocado, junto con la devaluación del peso, también la de la palabra del Poder Ejecutivo Nacional, arrastrando hacia la desconfianza cualquier expectativa.

Si desde el movimiento obrero organizado presionamos con el conflicto, se corre el riesgo de la caída del Gobierno, con consecuencias imprevisibles. Si no lo hacemos, aparecemos como el “freno” de los justos reclamos populares. Es curioso que una conducción de la CGT electa después de dos años trabajosos de conversaciones, aparezca cuestionada por mostrar una supuesta “debilidad” ante un gobierno no peronista. Siempre se dijo que cuando los gobiernos no eran peronistas era más fácil unificar al sindicalismo. Habría que revisar esa apreciación, porque a pesar de que hubo confrontaciones duras en toda esta etapa, no hemos logrado conformar un frente homogéneo. Desde ya que las diferencias internas vienen desde antes de la unificación porque en los sindicatos hay todo tipo de personas. Es imposible que todos congeniemos; de todas formas, la cuestión sigue siendo cómo gestionar el reclamo dentro de un colectivo heterogéneo, donde las voces de los gremios poderosos disminuyen las razones de la lógica.

Debo admitir que, según mi interpretación, esa lógica convierte a la CGT en un gigante con pies de barro. La Central Obrera tiene fallas que van desde su propio financiamiento (sostenido por los grandes gremios) hasta la forma de tomar decisiones. Y esto se extiende a todos, sin diferencias, sean combativos o dialoguistas. Si frente a las enormes dificultades que nos tocan vivir algunos cuadros aumentan su dureza para demostrar que no han perdido su

voluntad de lucha, otros en cambio prefieren desarrollar relaciones o apoyos críticos para obtener resultados más alentadores. Lógicamente, toda esta diversidad cruza al sindicalismo, exigiéndole una orgánica orientadora en su política interna. Se trata de respuestas que pueden ser aceptadas o discutidas dentro de ese marco. Aun así, todos deberíamos saber que la conducción no sólo nos obliga a participar con la mayor capacidad o experiencia sino también con más representatividad, y eso multiplica extraordinariamente las virtudes y los defectos de la conducción.

El error de un sindicato de base afecta solamente a ese colectivo y, en todo caso su entorno. El error de la conducción, en cambio, se descargará inexorablemente sobre todo el conjunto. De allí que sea tan difícil conducir, porque estamos en la “vidriera”, donde miles de ojos y voces registran hasta el mínimo detalle. Por eso, ser dirigente exige sentir esta responsabilidad que crece con el nivel de conducción: cuanto mayor sea el cargo ejercido, mayor será la gravedad del defecto o la relevancia de la virtud.

Otros pobres, más pobres. Vivimos en un ambiente sobrecargado de prejuicios sobre el rol del sindicalismo. De un lado tenemos a quienes imaginan al sindicato sólo como un instrumento para negociar salarios. Del otro, tenemos a muchos argentinos que nos ven como “privilegiados”. Todo parece jugarse en blanco y negro, olvidando la riqueza de la experiencia sindical en la construcción de ciudadanía, como organizadora de voluntades para defender y ampliar los derechos de todos los argentinos. Seguramente hemos cometido errores, pero nunca avalamos ni respaldamos proyectos ni medidas que cercenan los derechos de los trabajadores. Sería honesto que se lo reconozca, en lugar de lanzar acusaciones al voleo. La CGT nunca estuvo en una postura de integración ni de conciliación de intereses con el Gobierno. Por el contrario, en estos años hubo

lucha. Lucha también para no caer en la tentación de resolver esta encrucijada con violencia, porque sería muy peligroso para los intereses que representamos. Cada vez que el pueblo argentino ha intentado esa vía, la sangre que corrió fue la de los trabajadores, y nuestra responsabilidad como dirigentes es no reiterar esos errores, a pesar de todas las provocaciones que sufrimos a diario. El mundo del trabajo que vivimos hoy tiene muy poco que ver con el de la época de la Resistencia Peronista, en cuyos últimos tramos empezaron a trabajar y a formarse muchos de nuestros dirigentes sindicales. Necesitamos una visión renovada que entienda esta realidad y pueda encarar los desafíos del futuro. Nos debemos un debate generoso, honesto, amplio y profundo sobre lo que viene ocurriendo.

Estamos ante una muy fragmentada sociedad, incluido el mundo del trabajo. Hay, por lo menos, un tercio de la población que está fuera del mapa de posibilidades de los demás argentinos. Catorce millones de pobres están encerrados en ese círculo maldito, que obliga a salir a la calle a reclamar. Hoy, en la vida política hay un nuevo actor: los movimientos sociales, que ponen de manifiesto una composición atípica de la clase trabajadora. El hecho de que no tengan acceso al empleo formal, porque el sistema los excluye o la crisis los expulsa, no significa que no sean trabajadores. El sindicalismo tiene que ponerle el oído, el corazón y los ojos a esta realidad. Porque no es viable una sociedad como la que se está construyendo, de “dos velocidades”, la de los excluidos y la de quienes todavía, mal que mal, están dentro del sistema. Es hora de que avancemos en la integración plena de todos nuestros compañeros. Cuando decimos integración, lo hacemos con el criterio más amplio, es insuficiente hablar de “inclusión” porque quien está fuera del sistema no debería ser injertado en éste, sino incorporado plenamente con pleno goce de todos los derechos y de las obligaciones que corresponden. Nuevo esquema. En mi opinión, el rol de las grandes confederaciones no es el de dominarlo todo. Y en

esto tenemos una deuda, no solo hacia los movimientos sociales, sino dentro de las mismas filas de la CGT. Es necesario dar espacio a las regionales del interior, en consonancia con nuestra historia, y entender que es conveniente avanzar en formas más participativas. Un aspecto esencial es darles mayor apertura a los sectores juveniles y las mujeres. Y, sobre todo, debemos afianzar nuestra autonomía del poder político y económico. El contubernio para agradar a los políticos de turno termina siendo un voraz cáncer que carcome nuestras estructuras, nuestra independencia como organizaciones y hasta la credibilidad de nuestra representación. Esto se ha transformado en una deuda muy difícil de levantar. No hemos sido claros en los últimos tiempos; como prueba de ello, hay que ver cuál es el grado de aceptación y reconocimiento que tenemos ante la sociedad. Sin duda que en esto juegan las campañas de desprestigio, alentadas por los sectores interesados en desarticular la organización gremial. Razón de más para combatirlas con conductas claras y de autonomía sindical, en defensa de esos derechos. Es vital abrir el debate, que debe ser honesto y de frente, sin cuestiones que vengan ocultas tras el poncho. La CGT siempre estuvo entre líneas de fricción. En los años 50 nos pusimos firmes ante nuestro líder indiscutido, cuando creíamos que la burocracia gubernativa avanzaba sobre nuestros derechos. El General tuvo que padecer nuestra rebelión y enojo, expresado en memorables huelgas que hoy son tema de estudio de los historiadores. En los 60, a la sombra de la Resistencia, se generaron diferentes líneas, que se expresaron en la CGT vanderista y la CGT de Ongaro, siempre en tensión permanente. En los 70, enfrentamos al “Rodrigazo” y especialmente al “brujo” López Rega. No debe olvidarse que su expulsión del gobierno y del país se debió a la acción mancomunada del movimiento obrero organizado.

¿Qué es obsoleto? ¿La huelga o el descarte social? Frecuentemente desde diversas usinas ideológicas se pretende convencernos de que deberíamos aceptar mansamente la pobreza estructural, el descarte social, la miseria. Ante la contundencia del paro nacional de septiembre, no faltaron los analistas que dijeran que “la huelga es un dispositivo obsoleto”. Es una mirada corta, incapaz de representar las causas de la protesta. Se argumenta que se pierde el presentismo, se lamentan por los chicos que se quedan sin días de clase, o por quien pierde la venta diaria de la que vive... Uno ya no sabe si detrás de esos parloteos se esconde solamente una intencionalidad política o vaya a saber qué. Esas mismas monsergas contra los justos reclamos populares ya se oían hace un siglo, cuando comenzaban a organizarse gremialmente los trabajadores. Y nos las vienen repitiendo desde entonces; claro, se olvidan de que en nuestro país y en todo el mundo, las que permitieron estructurar una sociedad más justa fueron esas luchas. ¿Qué es obsoleta? ¿La lucha por una sociedad mejor, que ampare a todos sus integrantes, que erradique el hambre y la humillación? ¿O quitarle al pueblo el derecho a la protesta contra una situación que destruye el presente y le niega el futuro? Democracia restringida. Del mismo modo se esgrime el argumento de que el movimiento sindical no es el que debe diagramar el plan económico y las políticas públicas. Es cierto: los responsables de hacerlo son los hombres y mujeres elegidos para ejercer las funciones de gobierno. Es lo que dice la Constitución. Pero nuestra ley fundamental también dice que los habitantes de la República tenemos el derecho a reclamar, incluido el de hacerlo mediante la huelga, para hacer frente a las consecuencias negativas de esas políticas, a exigir que se cambie el rumbo, a que se respeten nuestros derechos a la vida, al trabajo, al salario, a la vivienda, a la salud, a la educación, a un haber jubilatorio digno. Quienes pertenecemos al sindicalismo argentino creemos en una democracia participativa, que se practique todos los días. Personalmente, no creo en una

democracia limitada a que los ciudadanos votemos cada dos o cada cuatro años. En esos períodos, por los meses que duran las campañas electorales, nos convertimos en un objeto deseado por los políticos, y se repite el cuento de la Cenicienta: a la medianoche del baile, el hechizo termina. A las seis de la tarde de un domingo, dejamos de valer a razón de una persona un voto, y vuelven a tallar los intereses de los factores de poder. Y si te he visto, no me acuerdo. Un sistema político que se reduzca a los rituales democráticos no pasará de ser una democracia restringida. La verdadera democracia, moderna y efectiva, como hace ya mucho dijo el general Perón, consiste en hacer lo que el pueblo quiera. Es hora de volver a las fuentes para retroalimentarnos. Es hora de romper las claves sindicales de un discurso para “entendidos”, en el que suele haber un trecho muy grande entre lo que se dice y lo que se hace. Tenemos que asumir el lenguaje claro de quien lucha por la reivindicación de sus derechos, y no para preservar minúsculos espacios amañados con el poder político de turno. Esos poderes políticos que inclusive, en un raro ejemplo de honestidad intelectual, no ocultan su intención de vernos ejecutados por el pelotón mediático. Insisto en la necesidad de desarrollar una política sindical federal y mantener cercanía con las organizaciones populares. Nunca debemos olvidar: vox populi, vox Dei; sobre todo, debemos saber que no es cierto que la voz de los dirigentes sea la voz de Dios. Aquellos que están al timón de nuestro país deben entender de una vez por todas que deben virar el rumbo, para que todos los argentinos lleguemos sanos y salvos al puerto; nuestro pueblo desea salir del laberinto de pobreza en el que está encerrada la Argentina. Y deben hacerlo antes de que sea demasiado tarde. Para imponer ese cambio de rumbo, la CGT tiene que recuperar un espíritu confederal de mayor amplitud, un procedimiento orgánico sostenido y, sobre todo, un programa que no tenemos desde hace ya mucho tiempo; los paros y los planes de lucha serán consecuencia de ello y no al revés. Sinceramente siento bronca por no haber

podido hacer más en esa CGT reunificada con gran esperanza después del Congreso Normalizador de Obras Sanitarias. ¿Impotencia, incapacidad? No lo creo. En todo caso, refleja la crisis de la dirigencia y la falta de voluntad de convertirnos en protagonistas vivos de la historia. Para que estas propuestas ganen el corazón y la mente de los nuevos trabajadores es imprescindible ejercer una conducta ejemplar, consecuente con los principios y valores del sindicalismo. Hace pocos días el obispo de La Plata, monseñor Víctor Fernández, dijo: “Más que mantener mi poder, se trata de desatar procesos. Si ganás un espacio pero no desatás un proceso nuevo, eso es pan para hoy y hambre para mañana...” Comparto plenamente estos conceptos. Necesitamos un movimiento sindical a la altura de este momento histórico, dispuesto a representar y a expresar al conjunto de los trabajadores, ocupados y desocupados, incluidos en convenios y precarizados, activos y jubilados, a toda la clase trabajadora, para que nuestra voz suene clara y potente, y sea un faro para nuestros afiliados y para toda la sociedad argentina. Descuento que, por defender estas razones, no faltará quien agite contra mí alguna infamia. No importa; el que ha elegido tener una conciencia debe aceptar las desventajas de renunciar al uso de ciertos medios o resignar cargos públicos. ¿Qué logra en cambio? Presentir el triunfo de sus ideas, el reconocimiento de la coherencia. Y cuando ese triunfo tarda en llegar, saber que todo cuesta, en especial vivir como uno piensa. *

III. ORGANIZACIÓN DE LOS TRABAJADORES VERSUS CUÑA DE ORO

Perfil, mayo 2018

Los nuevos escenarios de lucha y representación de la clase trabajadora, el desafío que impone el cambio de paradigmas laborales y la necesidad de reconstruir un estilo de vida que permita a la sociedad realizarse en comunidad “y no en la selva del sálvese quien pueda”, son algunos de los ejes sobre los que propone debatir Juan Carlos Schmid, en este ensayo con el que LNT abre un espacio de reflexión sobre el rol de los trabajadores en un nuevo proyecto emancipador.

Hace ya más de un siglo que la clase trabajadora se debate en múltiples escenarios de lucha para hacer respetar el derecho a una vida digna.

En esta perspectiva, la razón primordial del sindicalismo es la de garantizar el trabajo como instrumento principal y sostén de la dignidad humana. Estos valores, lejos de pertenecer al pasado, son los únicos que pueden asegurar un porvenir mejor hacia el futuro. Quienes los defendemos, los hombres y mujeres del trabajo, organizados y solidarios, somos los verdaderos portavoces de la libertad y la democracia.

Lamentablemente, las enormes posibilidades que trae el desarrollo científico y tecnológico, en lugar de orientarse hacia el bien común se ponen al servicio de las desmedidas ambiciones de un capitalismo depredador, egoísta y deshumanizado. Avances que deberían contribuir a una mejor calidad de vida para todos y liberar el potencial creador del género humano, como la robótica o la

revolución de las comunicaciones, se emplean en sentido contrario. Son un desafío para el mundo del trabajo, golpeado por la precarización, la desocupación, la marginación y la degradación de las condiciones laborales y de vida de las grandes mayorías.

Debemos pensar y actuar sobre los nuevos paradigmas, asumiendo la necesidad de emprender un cambio de estructuras, económicas, sociales y culturales, para asegurar un futuro vivible para nuestros hijos, nuestros nietos y las futuras generaciones.

Por ello, el Primero de Mayo es una fecha para que reflexionemos todos los que tenemos responsabilidades sociales, gremiales o políticas, sobre los momentos que atraviesan nuestro país y el mundo, signados por la pérdida de lazos fundamentales en el tejido social, con síntomas de desintegración familiar, de exclusión de millones de compatriotas.

No es posible concebir al trabajo sustrayéndolo de la dignidad y los derechos irrenunciables de la persona humana. Como señalaba el Papa Juan Pablo II, “el trabajo constituye uno de los grandes y fundamentales derechos inalienables del hombre, porque le da vida, un significado”.

Nada hay más alejado de estos valores que las actitudes de quienes encarnan el capitalismo neoliberal, que siguen convencidos de que el trabajo es una simple mercancía, sujeta a la ley de la oferta y la demanda.

Nos quieren hacer creer que la cuna de oro define la vida

Como ha sostenido siempre el movimiento obrero en todas sus vertientes, y ha recordado el Papa Francisco, “el trabajo no puede considerarse como una mercancía ni un mero instrumento en la cadena productiva de bienes y

servicios, sino que al ser primordial para el desarrollo, tiene preferencia sobre cualquier otro factor de producción, incluyendo al capital”.

La defensa del derecho al trabajo digno se vuelve tanto más imperiosa cuando vemos avanzar en nuestro país y en nuestra América las fórmulas que, bajo las dictaduras de hace tres décadas o con los gobiernos neoliberales de los noventa, buscaban consagrar los derechos sociales como una utopía. Basta mirar lo que ocurre en el Brasil y su mal llamada “reforma laboral”,.... Reforma que debería llamarse “el estatuto legal del esclavismo” mirada con buenos ojos por los poderosos en una larga lista que encabezan funcionarios y empresarios de los grupos más concentrados de la Argentina.

Esta defensa debe incluir a todos los trabajadores por igual: a los que tienen empleo formal, a los que padecen las más diversas formas de precarización, a los de la economía informal, a los desocupados, a los jubilados. Sobre todos nosotros se descarga la ofensiva que viene haciendo tabla rasa de los valores más elementales para la convivencia social, y frente a ella, más que nunca, es indispensable la solidaridad de las organizaciones sindicales, de los movimientos sociales y de la economía popular, a los que el Papa Francisco ha bautizado “poetas sociales” por la creatividad puesta en práctica.

Todos los días tenemos pruebas del grado al que ha llegado la destrucción del tejido social en nuestra Patria, en los despidos y cierres de fuentes de trabajo; en la imposibilidad de muchas familias de llegar a fin de mes, en el drama de nuestros viejos que se endeudan para comprar el remedio que dejó de cubrirles el PAMI; en la pobreza y la desprotección rondando amenazantes a nuestros chicos; en el desamparo y el deterioro de nuestras barriadas populares, sobre las que se ceban como aves de rapiña las

más violentas formas de delincuencia. Y, como obscena contracara, el lujo desmedido de los que se enriquecen con la timba financiera y una variedad de manejos turbios, fugas millonarias a guaridas fiscales donde se pueden encontrar parientes amigos, socios o cómplices del poder de turno.

La llamada 'reforma laboral brasileira' es el estatuto legal del esclavismo

Para colmar la medida, nos encontramos con la negación de esta realidad por parte de los funcionarios y sus comunicadores sociales haciendo anuncios poco creíbles acerca de la reducción de la pobreza.

Si los salarios han perdido sistemáticamente poder adquisitivo frente a los aumentos generalizados de precios; cuando la mayoría de los jubilados y pensionados cobra la mínima, de apenas 7.660 pesos, mientras los cálculos del propio gobierno hablan de una canasta básica de 19.290 para nuestros adultos mayores, ¿de qué baja de la pobreza estamos hablando?

Es más que preocupante el enfoque distorsivo que tienen las estadísticas oficiales que no toman en cuenta la incidencia real de los servicios públicos, que representan no menos del 21 por ciento del presupuesto familiar, y no el 6 por ciento que sigue considerando el INDEC, como si nada hubiese pasado en los últimos tiempos.

Todos los días tenemos pruebas del grado a que ha llegado la destrucción del tejido social en nuestra Patria

Y para colmo, en lo que uno ya no sabe cómo calificar, se vuelve a descargar sobre la población otro brutal tarifazo generalizado, que incluso alarma a miembros de la coalición gobernante. Acumulado a los reiterados

incrementos previos, nos encontramos ante cifras siderales, según el rubro, de entre el 500 y el 1900 por ciento de aumento en dos años y medio.

Todo ello evidencia un desprecio hacia los pobres, que se agrava con las argumentaciones oficiales para “justificar” la medida y sus invocaciones a que ahorremos energía.

No caigamos en la trampa de quienes se dicen modernos u otros titulados CEOs brillantes, cuando vociferan que la buena sociedad se construye con el éxito individual de unos pocos, y a los demás que Dios los ayude.

En realidad lo que nos están diciendo es que nos jodamos por haber nacido en un lugar humilde, porque papá no fue lo exitoso que debería haber sido, porque el colegio de nuestra barriada dejó de ser escuela para convertirse en comedero, o simplemente, porque la naturaleza no nos dotó de algunas habilidades. Nos quieren hacer creer que la cuna de oro define la vida.

Lo que queremos es reconstruir un estilo de vida que los hombres de mi generación supieron vivir; que podamos realizarnos en una genuina comunidad y no en la selva del sálvese quien pueda.

No caigamos en la trampa de supuestos CEOs brillantes que dicen que la buena sociedad se construye con el éxito individual de unos pocos, y a los demás, que Dios los ayude

Queremos nuevamente la familia que ampara y formatea; el barrio y su solidaridad, donde los vecinos se ayudan y protegen; la escuela como lugar de realización de la ciudadanía; la parroquia que enseña la trascendencia; el club deportivo que canaliza la energía juvenil; la fábrica y el trabajo como fragua de dignidad; el hospital y la sala del barrio en los cuales todos podamos confiar nuestra salud;

el policía que debe ser el amigo y a quien no queremos mirar con recelo.

Parece un sueño.... Otros dirán, nostalgias del pasado. Nada de eso.

Es simplemente volver a creer, con firmeza, que el hombre no se salva solo y que su realización depende de que a los otros también les vaya bien.

Por eso nuestra contundente respuesta es un NO, un NO que nos sale de las entrañas y del cerebro. Es un NO contra la humillación, un NO para que nos escuchen y sepan que no estamos vencidos.

Porque mientras se mantenga viva la llama de la fe, de la esperanza, y de la lucha por la dignidad del hombre y el trabajo, por los siglos de los siglos siempre habrá un Primero de Mayo.

IV.APOROFOBIA,PANICO SOCIAL

Perfil, marzo 2018

Hace poco, al recorrer notas periodísticas, me topé con una palabra que no conocía: aporofobia. Como hago en estos casos, siguiendo el sano consejo recibido cuando era chico, recurrí al “mataburro”, pero para mi desilusión, vi que no figura en el diccionario. Intrigado por el término, que suena a enfermedad y, en efecto, lo es y de las más graves, busqué por internet y hallé una definición: “Repugnancia y hostilidad hacia las personas pobres”.

El neologismo, que la Real Academia Española todavía no incorporó, fue propuesto hace ya varias décadas, a partir de dos palabras griegas, áporos, que significa “sin

recursos”, pobre, y fobia, que se traduce como miedo, rechazo, aversión, repugnancia, hostilidad.

En esa búsqueda, también encontré que recientemente se publicó en nuestro país un libro de la filósofa y académica española Adela Cortina, justamente titulado Aporofobia, el rechazo al pobre, que aporta interesantes reflexiones. Su subtítulo, Un desafío para la democracia, es bastante claro sobre los alcances de esta verdadera patología, aunque a mi modesto entender, se queda corto sobre el

peligro que significa para la convivencia social; sobre todo, en países como la Argentina.

La hostilidad contra los pobres. El punto de partida de la expresión aporofobia tiene que ver con el extendido rechazo y hostilidad que padecen los migrantes a naciones de la Unión Europea y Estados Unidos, y que suelen catalogarse como muestras de xenofobia, es decir, de odio y aversión hacia los extranjeros.

Sin embargo en esos mismos países, las decenas de millones de turistas que anualmente viajan a Europa, al igual que los empresarios y gerentes de firmas internacionales o inversores llegados de fuera, no solo no sufren esa discriminación, sino que son bien recibidos.

Más aún, en España, Italia, Francia, Alemania o el Reino Unido, se festeja cuando todos los años aumenta la cantidad de estos visitantes que, con sus gastos, contribuyen a mover la economía, una de cuyas principales fuentes de ingresos es precisamente el turismo.

No todos los extranjeros son rechazados o estigmatizados, sino los que llegan como refugiados o en busca de trabajo; es decir, los pobres. Sin descartar que, en efecto, existen quienes odian al “forastero”, al de otro idioma, otra cultura, otra religión u otro color de piel, en la gran mayoría de los

casos esa hostilidad no se trata, en realidad, de xenofobia, sino de aporofobia: “es el pobre el que molesta, el sin recursos... el desamparado”.

No resulta extraño que en Europa el tema se plantee relacionado con el de la migración. En esos países, con niveles de pobreza bastante menores que los de Latinoamérica en general, una muy alta proporción de sus pobres corresponde a quienes en las últimas décadas fueron en busca de una oportunidad de vida, huyendo de situaciones de verdadera catástrofe humanitaria en sus lugares de origen.

Pero el rechazo y la hostilidad hacia los pobres forman parte de una patología mucho más extendida, que golpea duramente sobre la convivencia social.

Es un mal que muestra el quiebre de los vínculos comunitarios básicos. Las víctimas de la injusticia y la inequidad son convertidas en “culpables” de su situación.

Se los presenta como los que no pueden ofrecer nada, o a lo sumo muy poco, a cambio de lo que supuestamente “reciben”. Son los “descartables”, los que forman esa “periferia existencial” de excluidos, para usar las expresiones empleadas por el papa Francisco en una sociedad capitalista basada en el intercambio de bienes materiales, donde todo tiene precio.

Sería bueno que los defensores de un “capitalismo salvaje” de este tipo recordasen las palabras del fundador del liberalismo económico y el primer gran teórico del capitalismo, Adam Smith, que decía que el menosprecio “debe dirigirse al vicio y la estupidez”, y no a la pobreza o la debilidad.

Una comparación alarmante. Las muestras de un “discurso de odio” contra los pobres, estigmatizados como “vagos”,

“improductivos” o incluso como fuente de inseguridad delictiva, se reiteran en nuestro país.

Lamentablemente lo comprobamos todos los días, en actitudes y expresiones de todo tipo. Todo ello configura factores agravantes, que hablan muy mal de nuestra realidad.

El primer factor es que en la Argentina la pobreza golpea a casi un tercio de nuestra población. Y esto, si lo medimos con una canasta medida por el Indec en \$ 16.029 a noviembre de 2017, último cálculo publicado, que es una cifra bastante dudosa para que una familia tipo realmente cubra sus necesidades básicas.

Como un simple ejemplo, en diciembre, una ONG estimó el presupuesto familiar en el orden de \$ 28 mil mensuales para mi ciudad, Rosario, que no es la más cara del país.

Esta situación afecta a gran parte de los trabajadores, que por cierto “ofrecen” mucho más de lo que “reciben”, en términos de aporte al producto bruto interno.

Ni qué hablar del 70% de nuestros jubilados que, tras toda una vida de trabajo, cobra el haber mínimo, de miserables \$ 7.246 mensuales.

Para agravar todavía más el problema, no menos de tres millones de habitantes de nuestro país no reúnen siquiera un ingreso familiar mensual de \$ 6.568 que, según el mismo cálculo del Indec, exigía la canasta básica alimentaria en noviembre, más allá de que en estos últimos días estas cifras hayan sido ajustadas microscópicamente.

Para decirlo con todas las letras, no cubren sus necesidades mínimas de alimentación. En su gran mayoría, son niños y adolescentes, con todo lo que eso significa en perjuicio de su crecimiento pleno y saludable.

Una mirada superficial, podría decir que nuestra situación es similar a la de España, que según su Instituto Nacional de Estadísticas (INE), tiene casi un 28% de su población “en riesgo de pobreza”, de acuerdo con los datos publicados en octubre de 2017.

Pero ni bien se analiza cómo se mide el nivel de vida allá, salta a la vista el otro agravante de nuestra situación. El dato español corresponde a quienes tienen ingresos menores al 60% del ingreso medio nacional, una vara mucho más alta en comparación a la de nuestro Indec.

Por ejemplo, en España se considera “pobreza severa”, es decir, grave, a la de quienes no pueden cubrir cuatro necesidades de una lista de nueve, entre las cuales se destacan: “no tienen capacidad de afrontar gastos imprevistos; han sufrido retrasos en el pago de gastos de la vivienda principal o en compras a plazos; no pueden permitirse ir de vacaciones una semana al año; no pueden mantener la vivienda con una temperatura adecuada; no pueden permitirse una comida de carne, pollo o pescado cada dos días y no pueden disponer de un automóvil, un teléfono, un televisor o una lavadora”.

Es decir, la “pobreza severa” para un español significa no tener capacidad de ahorro, las limitaciones que hoy, en la Argentina, tiene cualquier hogar de clase media o media baja, y no solo quienes son pobres según el Indec.

Esta diferencia se vuelve aterradora, si comparamos los niveles de vida que tenían la Argentina y España en 1950, como una muestra contundente de nuestra declinación desde entonces.

El riesgo de la desigualdad. No es casual que esa declinación se haya producido en paralelo con el crecimiento de las desigualdades sociales en nuestro país, uno de cuyos datos más objetivos es la participación de los

salarios en el ingreso bruto nacional, es decir, en cómo se distribuye la famosa “torta” de lo que anualmente producimos los habitantes de la Argentina. Del célebre 50-50 del primer peronismo, hemos caído significativamente, y no es solo una cuestión de justicia social, aunque sin duda lo es.

La desigualdad en la distribución del ingreso es, ante todo, una de las principales causas de generación de pobreza o, mejor dicho, el principal vector de la marginalidad de una creciente cantidad de personas, acá y en todo el mundo; al mismo tiempo, es una fuerte traba al desarrollo y a las posibilidades de activación de la economía. Es un círculo vicioso.

No lo decimos solamente los dirigentes gremiales, ni los integrantes de los movimientos sociales, ni los representantes de la Iglesia, ni quienes, en general, nos preocupamos por la suerte del prójimo.

Una entidad tan poco relacionada con las nociones de caridad cristiana, solidaridad humana o justicia social, como es el Foro Económico Mundial de Davos, viene señalando, hace ya años, que el “aumento de la disparidad de ingresos y riqueza”, junto con la “creciente polarización social”, constituyen los principales riesgos globales para la economía, por encima del cambio climático, el envejecimiento demográfico y el deterioro ambiental.

En su informe más reciente, Global Risks Report 2017, publica un gráfico denominado el “mapa de interconexiones de tendencias de riesgo”, en el que las líneas que parten de ambos conceptos, desigualdad de ingresos y polarización, se cruzan en un gran punto rojo al centro de la imagen, que dice: “Profunda inestabilidad social”.

Es evidente que los centros de poder mundial manifiestan en sus documentos una gran preocupación por los

desequilibrios, no solo macroeconómicos, sino sociales, cuyas consecuencias previsibles resultan explosivas.

Caldera. Desgraciadamente, en nuestro país todos los días nos cruzamos con hechos que evidencian el rechazo al pobre de gran parte del conjunto del sistema político y de la sociedad.

En lugar de orientar el rumbo a disminuir las inequidades, como recomiendan incluso los especialistas consultados por el Foro Económico Mundial, nuestras autoridades, los funcionarios, el empresariado y, en general, quienes tienen una responsabilidad social, política o económica, se empeñan en medidas y decisiones que ahondan la desigualdad.

El ataque a la calidad de vida de los asalariados y de quienes dependen de un ingreso fijo es constante. Brutales aumentos de tarifas, cambios fiscales en beneficio de quienes más tienen, recortes de prestaciones a jubilados y pensionados, y ahora el congelamiento en términos reales de sus miserables haberes, todo apunta a agravar la situación.

Entretanto, desde los medios de comunicación y la publicidad se propician actitudes individualistas y un festejo del consumo, del que están excluidos millones de compatriotas, a los que se insiste en estigmatizar y despremiar.

Somos un país que, con los medios que se emplean actualmente, es capaz de producir alimentos para 500 millones de personas; y los especialistas no dudan que, aplicando tecnologías modernas más eficaces, ese rendimiento sería aún mucho mayor.

En esas condiciones, en la Argentina resultan injustificables los abrumadores índices de pobreza y de indigencia que

padecemos. Todo este “combo” está creando las condiciones de la “tormenta perfecta”.

Si no corregimos el rumbo como sociedad, con un Estado que sepa equilibrar los tantos y recomponer el tejido social que hace rato se viene desgarrando, estaremos en la antesala de una catástrofe. Porque, ¿hasta cuándo podrán aguantar tantos millones de pobres y excluidos, a los que diariamente se les agrava la situación, al tiempo que se los rechaza, desprecia, invisibiliza, “descarta” y somete a una existencia “periférica”?

No se trata solamente de que abramos nuestros corazones ante esta terrible realidad, sino también nuestra mente. Porque en algún momento, la caldera no va a soportar más presión.

Ninguna sociedad puede realizarse como una comunidad con perspectivas de futuro excluyendo, marginando o hundiendo en la miseria a un tercio de sus integrantes. Y recordemos ese viejo apotegma de un político conocido por todos los argentinos: nadie puede realizarse en una comunidad que no se realiza

V. CONTENIDOS DEL REPORTAJE REVISTA CRISIS

Enero 2018

Nuestra posibilidad tiene que ser recrear la política. En la *política todos valemus uno. La política es el arma que* tenemos los sectores populares para hacer valer nuestras razones. Los sectores económicos levantan el teléfono. ¡Nosotros tenemos la política!

Recrear la política quiere decir tener un significado de la trascendencia. Lo primero que hay que atacar es la desigualdad. Necesitamos dar un debate dentro del movimiento sindical, porque si hay tantos hermanos

nuestros que están tan abajo, tan atrasados, deberíamos pensar cómo ir acercando a esos compañeros a nuestras fronteras.

No lo digo sólo por los movimientos sociales, lo digo también por franjas completas del sindicalismo que están allá en el fondo de todo, por ejemplo ladrilleros, y ramas industriales que están postergadas. Compañeros que tienen quincenas de cinco mil o seis mil pesos.

Estoy diciendo que para conformar un ejército solidario todos tenemos que tener la misma razón para el pataleo. El motor, el mecanismo que activa la protesta en lugares como los nuestros, es el impuesto a las Ganancias. Y en la otra punta están los compañeros con sueldos de sobrevivencia.

El que tiene que hacer una síntesis es el movimiento sindical, con un debate interno que nos permita poner a todo el mundo en la misma raya. No creo en el igualitarismo, pero deberíamos acercarnos a fronteras de dignidad para que todos defendamos lo mismo.

Existe un desfase entre la estructura sindical y el mundo real de los trabajadores. Es necesario ampliar las fronteras del Movimiento Obrero Organizado, para que se convierta en un verdadero movimiento de trabajadores.

Hay un tercio de la población que está fuera del mapa de posibilidades que tienen los demás argentinos. Catorce millones de pobres están encerrados en ese círculo maldito. Las mayorías que salen a la calle son los pobres. No son los sindicatos, no son los partidos políticos, ni siquiera son las expresiones de izquierda.

Los que se movilizan mayoritariamente siguen siendo los pobres. Nuestra estructura sigue siendo importante, tiene peso, pero los pobres tienen una fuerte capacidad de

movilización, y esto es un dato nuevo en la discusión política.

Son los pobres los que están en la calle. Es un fenómeno nuevo. Están dispuestos a no salir de la calle hasta que definitivamente la democracia los haga corpóreos, hasta que dejen de ser unas sombras, hasta que sean seres concretos de carne y hueso. El sindicalismo tiene que ponerle el oído, el corazón y los ojos a este problema. Y obviamente el empresariado argentino, los dueños de las finanzas, los que tienen responsabilidades constitucionales, tienen que darle una salida a eso.

Porque una sociedad de dos velocidades como la que se va construyendo no es viable, no funciona. Lo que ocurre es que hay momentos de calma chicha, que en términos marítimos es la que precede a la tempestad.

Nosotros tenemos gente de los sindicatos que es pobre, que tiene trabajo pero es pobre.

Habría, por ejemplo, que construir un mapa de la desigualdad que sea encarnado por un equipo de la CGT. Eso debería ser algo central. Está en las mejores tradiciones del sindicalismo argentino. Previa a la CGT incluso. ¿Qué hacían los anarquistas y los socialistas? ¿Defendían a los sindicatos de ellos nada más? ¡No! Los tipos peleaban con los inquilinos de La Boca, les daban clases para salir del analfabetismo, luchaban contra el consumo de alcohol, es decir tenían una noción de que la pelea para construir una sociedad más libre y más justa no era únicamente pelear por la jornada de ocho horas. Era mucho más, querían cambiar la sociedad.

Yo no quiero ser un romántico perdido pero esas raíces están ahí, son nuestro ADN. Tenemos que hacerlo. Es una tarea gigantesca, difícil. Pero es improbable que

discutiendo desde nuestro aparato podamos tener una mirada precisa sobre lo que está ocurriendo.

Un grupo de compañeros nuestros hace dos meses salieron a dar comida a los que están en el barrio a la noche. Acá hay gente que está sufriendo y hay cosas que no las van a transmitir los abogados, ni los cursos de formación, ni participar en la estructura, ni ir a las charlas políticas, ni están en el Convenio Colectivo de Trabajo. ¿Saben dónde lo van a encontrar? Acá dentro. Son respuestas aisladas, lo hace nuestro sindicato, otro sindicato, pero son sólo fósforos que se encienden y luego se apagan.

Hace falta vencer las resistencias internas del campo sindical. Porque hay muchas resistencias, se mezcla la política, juegan los prejuicios. Pero si no lo resolvemos a esto, estamos poniendo en riesgo nuestro destino como sociedad.

No se trata de una especulación. Yo se los he dicho: “bueno muchachos podemos decir que no, pero va a llegar el momento en que ahí afuera van a ser muchos más que acá dentro. De hecho, hay cuatro millones de precarizados, son la misma cantidad que tenemos en el padrón.

Al fin y al cabo las tres T no las inventó nadie, son tan viejas como el agujero del mate. Lo primero que hizo el hombre fue meterse en una cueva, es decir el techo. En la primera revolución del siglo veinte, la mexicana, el tema de la tierra está en el centro de la disputa. Y el trabajo, más allá de la dimensión económica, no puede ser algo que está encerrado en el mercado, el trabajo tiene una categoría distinta para el sindicalismo, no puede estar únicamente sujeto a la oferta y demanda, no nos pueden tratar como si fuéramos un engranaje de la maquinaria de producción. Para nosotros el trabajo tienen otra categoría.

Y eso es lo que dice Francisco. Pero también ha sido la pelea histórica de la clase trabajadora: que no nos traten como cosas.

Nuestra juventud sindical está jugando un papel importante. Ahí hay gente que está abriendo la oreja para otras cosas y yo insisto mucho en hablar con ellos para que no le presten tanto el oído a los prejuicios, los frenos, las vallas. Porque son ellos los que nos van a reemplazar, y van a tener una actitud más abierta.

La CGT es una estructura pesada, pensada desde la perspectiva del siglo pasado. Doy un ejemplo, en relación con el tema del género. Yo siempre cuento una anécdota mía, que tal vez te sorprenda. Nosotros tenemos ahora mujeres navegando, varias. Y algunas compañeras están dentro de la estructura sindical, no muchas pero hay. Pero este era un universo de hombres nada más. Cuando a mí me dijeron que habían entrado mujeres, mi primera reacción fue de rechazo. “Se nos va a armar un quilombo bárbaro. No quiero ni saber de ese tema”. “Lo que pasa Schmid, es que ya hace seis meses que están arriba de los barcos”. ¿Cómo? “Sí, no te dijimos porque sabíamos que no te iba a gustar. Seis meses ya, y no hubo ningún problema”. Un cachetazo para mi interpretación antigua. Yo a los problemas a los que refería no eran profesionales, ni nada por el estilo; eran de sexualidad, de convivencia, porque tampoco esto es una oficina, vos estás treinta días en un barco, a lo mejor veinte tipos y una mujer. Los barcos están diseñados para que haya sólo hombres, hubo que habilitar un baño para que pueda ir la mujer. Y recién ahora estamos incorporando esto en el sector privado para que las mujeres estén arriba también. Después las compañeras vinieron, se presentaron, una de ellas forma parte de la comisión directiva central, yo la he enviado varias veces fuera del país para que se capacite, enviamos a una

compañera a la Internacional a Londres para que adquiriera experiencia.

Pero eso que me pasó a mí es generalizado, porque venimos... no solamente que somos viejos sino que somos de otro milenio. Y no es un juego de palabras, eso te pinta de cuerpo entero cómo es la evolución dentro de la propia CGT.

VI. EL VALOR DE UNA FECHA SIMBOLIC

Perfil, octubre 2017

Esa jornada de la primavera porteña de 1945 para muchos fue, ante todo, una inmensa sorpresa. Los despreciados, los descamisados, los “grasitas”; los excluidos de la riqueza que generaban con su trabajo; los convidados de piedra en las decisiones que afectaban su vida y la de sus hijos, llenaban la Plaza de Mayo y se hacían ver y oír, reclamando el respeto a sus derechos y la libertad de quien se mostraba capaz de liderar la concreción de sus sueños por un porvenir mejor, más digno, más equitativo.

Entre quienes los veían llegar de los barrios fabriles y las localidades suburbanas, no faltaron los que se sintieron “invadidos”. Los apegados a una vieja Argentina para pocos, tomaron la presencia masiva de los olvidados, de los “invisibles”, como una “intromisión” inaceptable en un mundo que consideraban exclusivamente suyo, una afrenta a sus privilegios, un motivo de temor. Pero hubo, también, un intelectual como Raúl Scalabrini Ortiz, que con su mirada atenta y su mente lúcida, supo definir de manera magistral, para siempre, a esa multitud que ocupaba el centro simbólico del poder: “Era el subsuelo de la patria sublevado”.

Por primera vez surgía una voz que le hablaba a los humildes, a aquéllos para los que la vida era una eterna precariedad, donde hasta el derecho a la fantasía estaba clausurado.

Comenzaba una nueva época en la cual el poder le planteaba a los desheredados, construir un diálogo, garantizándole que escucharía sus necesidades y éstas, luego, mutarían en derechos ineludibles.

Desde entonces, identificados mayoritariamente con el peronismo que empezaba a nacer, los trabajadores argentinos asumieron su papel como sujeto político, al que no se podía obviar ni marginar. Ya no fueron solamente los brazos y las piernas de la sociedad y la economía, sino la columna vertebral del movimiento que venía a construir la nueva Argentina, la de la justicia social y el desarrollo en provecho de todos.

Por propia decisión, la clase trabajadora adquiría su carta de ciudadanía plena. Se afirmaba como protagonista en la concreción efectiva de sus sueños. Las grandes realizaciones de los primeros gobiernos peronistas, le reconocieron ese rol. El acceso masivo al consumo, a la educación, a la salud, a la vivienda, a la cultura, a condiciones dignas de trabajo, a la participación en la toma de decisiones, fueron logros que llevaron a que cada 17 de octubre se conmemorase, en esos años, como celebración obrera y popular de lo mucho conseguido, y como reafirmación de lealtad e identificación con las banderas del peronismo y el liderazgo de Juan Perón.

Pero la reacción afilaba sus garras, brutales, para dar el zarpazo. Las fuerzas antipopulares no trepidaron en producir un baño de sangre sobre esa misma plaza que

supo ser espacio de encuentro y festejo, perpetrando el bombardeo aéreo contra la población civil indefensa, en junio de 1955. Fue el prólogo aciago de un tiempo de tragedia y desdicha para la Patria, de proscripción y persecución para la mayoría de los argentinos, de cercenamiento de sus conquistas. Fueron también años de resistencia y de lucha, no exentos de nuevos mártires, como los fusilados en José León Suárez o el compañero Felipe Vallese, entre tantos otros.

Llama rebelde. La mayoría de quienes nacimos y nos criamos al calor del peronismo, y que hoy peinamos canas, lo hicimos en esos días desdichados de falta de libertades, de represión y de exilio. No teníamos por ambición ni los halagos del poder ni el enriquecimiento personal; sabíamos, en cambio, que teníamos en contra la corriente imperante en ese momento.

Ser peronista era una ocupación insalubre. Al riesgo cierto de ser perseguidos, cesanteados, encarcelados, se sumaba la amargura de que nunca faltaron los que nos despreciaban por nuestra condición de peronistas. Sin embargo, lo éramos por razón y por sentimiento, no por nostalgia de aquellas primaveras que no habíamos vivido, ni simplemente por el carisma del general. Lo éramos porque el peronismo expresaba, como sigue expresando, los intereses nacionales y populares frente a la oligarquía responsable de la miseria y la pobreza en la Argentina.

Las banderas históricas de justicia social, soberanía política e independencia económica eran mucho más que una consigna o un sello de identificación partidaria. Constituían el auténtico proyecto para liberar a la Patria y poner fin al sistema de inequidad, sometimiento y entrega que los

poderosos habían impuesto sobre los argentinos. El movimiento obrero organizado los reactualizaba en su vigencia, con programas como los de La Falda y Huerta Grande, con la mirada y la acción orientadas hacia el porvenir.

Reafirmando el origen obrero y popular de nuestro movimiento, los peronistas nos ganamos en esos años la fama de ser empecinados, “incorregibles”. No por sectarios, que jamás lo hemos sido, sino por la firme decisión de no dejarnos doblegar por la fuerza, ese “derecho de las bestias”, que reinaba en todos los órdenes de la vida nacional.

En el calendario, el 17 de octubre encendía entonces, más que la recordación de momentos mejores, la llama rebelde de un pueblo que, contra viento y marea, estaba dispuesto a recomponer sus fuerzas y a recuperar su derecho a la esperanza y la felicidad.

Con el primer restablecimiento de la democracia y el regreso del general Perón, esa prolongada lucha parecía haber triunfado. La amplia y generosa convocatoria a la reconstrucción nacional, la afirmación de que para un argentino no hay nada mejor que otro argentino, el abrazo con históricos adversarios, ponían de manifiesto que Perón aspiraba a que el 17 de octubre constituyese, no una jornada partidaria, sino un día de júbilo cívico para todos, en una Argentina más democrática, unida y solidaria. Pero los tiempos fueron avaros para concretar ese anhelo. Esta vez, la reacción abrió las puertas del infierno de la dictadura más sanguinaria, que buscó arrasar con todo, incluidas las vidas de miles de compatriotas desaparecidos o asesinados.

Una vez más nuestra fecha más emblemática simbolizó un llamado a la resistencia, a la acción denodada contra la destrucción y la muerte, a la reivindicación de esas consignas capaces de unir al pueblo para la reconquista de sus derechos más elementales: “paz, pan y trabajo”.

Legado y futuro. El retorno a la democracia, con sus avances y sus retrocesos, resignificó al 17 de octubre como una síntesis de nuestra historia, de la que estas líneas no pretenden ser más que unas pocas pinceladas. Es, sin duda, la historia del movimiento obrero organizado, pero también la de la Nación y nuestro pueblo todo. Como toda historia verdadera, no consiste sólo en una mirada reflexiva sobre el pasado, sino una herramienta indispensable para comprender nuestra realidad presente y reafirmar la permanente vocación de construir un futuro mejor.

El 17 de octubre reactualiza hoy la necesidad de levantar un programa para construir una Argentina solidaria, con memoria histórica, dueña de su destino, con una cultura protagonizada por las mayorías populares; donde cada persona valga por su condición de ser humano y no por su cuenta bancaria; donde se distribuya la riqueza en lugar de esparcir la miseria; donde puedan arraigar, con el amor a la Patria y al prójimo, el orgullo de ser argentino y la convicción de que siempre será mejor el mañana para nuestras sucesivas generaciones.

La Confederación General del Trabajo ha querido plasmar ese legado y su proyección al porvenir, en una obra que constituya un aporte permanente al patrimonio cultural y la memoria de todos los argentinos. Se trata de la pintura mural La construcción de un sueño que continúa, realizada por el magnífico artista plástico Daniel Santoro, a

inaugurarse en este nuevo aniversario de una fecha tan significativa. Las cuatro secciones que la integran, emplazadas a lo largo de 17 metros lineales, a ambos lados del Salón Felipe Vallese de la sede de la CGT, reflexionan en imágenes sobre las alegrías, los sinsabores, el heroísmo y las tragedias de nuestro pueblo, desde aquella jornada histórica de 1945.

Han transcurrido otros setenta y dos 17 de octubre desde el fundacional. Unos pudieron ser celebrados con felicidad, por la vigencia de la dignidad del trabajo y la justicia social. Otros tantos, en cambio, debieron transformarse en jornadas de protesta ante el avasallamiento de derechos y conquistas históricas, o incluso tuvieron que sobrellevarse como días de resistencia y de duro trabajo clandestino frente a la persecución más feroz.

Pero todos ellos, los soleados y los tormentosos, los de festejo y los de lucha, se han vivido siempre con la misma convicción: que tras el 17 de octubre, viene el Día de Gloria, con el renacer del sueño peronista y la decisión de hacer realidad una patria justa, libre y soberana.

VII.EL SINDICALISMO DEBE RESCATAR AL PERONISMO

Perfil, julio 2017

Pocos temas de la realidad argentina han sido y son materia de análisis y debate constante como la relación entre sindicalismo y peronismo. El interés y, ¿por qué no?, la preocupación al respecto, se justifican sobradamente por tratarse de dos protagonistas centrales, ineludibles, de la vida nacional, cuya vinculación ha marcado la historia de nuestro país de las últimas siete décadas.

Desde ya que esa relación, duradera sin dejar de ser por momentos “conflictiva” (como apuntaba Torcuato S. Di Tella en uno de sus libros), ha pasado por situaciones muy diferentes, porque todo lo que es vivo no es ajeno a las transformaciones de la realidad a lo largo del tiempo. Está claro que hoy la presencia del movimiento obrero organizado en las instancias políticas partidarias dista bastante de los tiempos en que, un tercio de las listas de diputados del peronismo estaban integradas por compañeros surgidos de los gremios. Esta comprobación ha llevado a que algunos analistas hablen del ocaso de los sindicatos en el peronismo, desde el año 2001 se viene planteando esta problemática, que interpretan como iniciada en la década de 1980, y se llega a afirmar que es un proceso que “no tiene vuelta atrás”.

Un “diagnóstico” de este tipo, en mi interpretación, como dirigente sindical peronista, merece algunas reflexiones. ¿Hay ocaso de los sindicatos en el peronismo? ¿Es un hecho irreversible? Un fenómeno globalizado. No sólo entre nosotros, sino en la mayoría de los países del mundo, la relación entre el movimiento sindical y los partidos con fuerte identificación y respaldo de los trabajadores viene atravesando crisis y replanteos en las últimas décadas. No resulta casual que este fenómeno se produzca a partir de las transformaciones tecnológicas, económicas, sociales e incluso culturales vinculadas con la globalización, los “ajustes estructurales”, los embates sistemáticos contra los derechos de los trabajadores y, en general, contra la seguridad social o las funciones y responsabilidades del Estado han provocado enormes distorsiones.

Su expresión ideológica no sólo está dada por el neoliberalismo sino también por muy diversas formas de desvalorización del trabajo al punto de que expresiones como “clase obrera” sean puestas en cuestión o sustituidas

por otros términos, como ser “sectores subalternos”, que dan cuenta de una fragmentación social asumida como si fuese un simple “dato de la realidad”, y no la consecuencia de políticas cuyo sentido expresa el Papa Francisco, como la “cultura del descarte”.

Un correlato de todo ello se ve en el debilitamiento o, incluso, la fractura de los vínculos entre los movimientos sindicales y las dirigencias políticas de los partidos que tradicionalmente contaban con su respaldo. Es el caso de muchos gobiernos socialdemócratas europeos que han implementado planes de ajuste de corte neoliberal; inclusive en países como Suecia, Dinamarca y en algunos momentos la propia Alemania. Al deterioro de la alianza entre demócratas y sindicalistas estadounidenses que, pese a sus intentos no logró revertir el gobierno de Obama, no fue ajeno la experiencia de Tony Blair, que buscó anular el papel del movimiento gremial en el laborismo británico. Estas son algunas expresiones de este proceso global cuya deriva nos lleva a una crisis de esos partidos razón por la cual inevitablemente se traducen en situaciones conflictivas con el sindicalismo.

Distintos modelos. En mi opinión, pese al carácter global del fenómeno, hay que tomar en cuenta las diferencias existentes, que surgen de las características que han tenido esas relaciones en cada caso. Sin pretender un análisis exhaustivo ni mucho menos una historia al respecto, me parece útil distinguir entre algunos tipos representativos o “modelos” de esos vínculos.

Un modelo es el del laborismo británico que, desde su creación, cuenta con sindicatos afiliados como tales al partido, que constituyen su estructura orgánica más sólida y designan a 12 de los 32 integrantes del Comité Ejecutivo Nacional partidario. Si bien la relación entre dirigencia política y movimiento gremial no siempre resulta armónica,

institucionalmente el Partido Laborista es, en buena medida, una organización política basada en los gremios, aunque sin llegar a ser un “partido sindical”.

En el resto de Europa, en cambio, el vínculo está planteado casi a la inversa. Fueron las corrientes políticas las que organizaron los sindicatos y las distintas centrales que los agrupan, en mayor o menor medida orientadas por los distintos partidos: socialdemócratas, socialcristianos, comunistas o de otras tendencias. Esos partidos cuentan con comités, organismos de conducción y coordinación sindical, en algunos casos, por ejemplo en la socialdemocracia alemana, integrados por los dirigentes gremiales, pero sin la incidencia que tienen en el laborismo inglés.

Una situación muy distinta es la alianza entre la central estadounidense AFL-CIO y el Partido Demócrata, que desde mucho antes existían como entidades independientes una de otra y, en más de una ocasión, enfrentadas. La vinculación se estableció en tiempos del “New Deal” del presidente Roosevelt, para acordar soluciones ante la Gran Depresión. Con idas y vueltas según las circunstancias históricas, esa alianza se prolongó luego en el tiempo, aunque tuvo un fuerte deterioro a partir de la presidencia de Clinton. Aquí los vínculos se establecen mediante negociaciones, apoyos a candidaturas o mecanismos de lobby tradicionales de la política norteamericana.

En América Latina podemos destacar, por los alcances que tuvieron, dos grandes modelos. Uno corresponde a los casos del Partido Revolucionario Institucional (PRI) de México y el del movimiento “trabalhista” de Getulio Vargas en Brasil, en los que el partido de gobierno organizó y dirigió los sindicatos, que hasta entonces tenían muy poco peso en la realidad de esos países.

El otro modelo es el de la Argentina a partir del peronismo, que si se quiere, tiene algunos aspectos similares a todos los anteriores, y sin embargo presenta una gran originalidad, lo cual posiblemente explique su perduración. En nuestro país, el movimiento obrero contaba con una larga tradición de luchas y organización gremial, con sindicatos que respondían a distintos modelos y tendencias, unas opuestas a toda vinculación política, otras ligadas u orientadas por distintos partidos. La creación de la CGT en 1930 respondió a la vocación de unidad de varias de esas corrientes ideológicas, aunque no faltaron las divisiones y fracturas.

La aparición de Juan D. Perón en la escena política nacional, el 17 de Octubre y la construcción del justicialismo, permitieron armar una estructura sindical extendida a todos los asalariados y de alcance nacional, superior a la preexistente. Sin duda, tuvo un fuerte componente político, a tal punto que se convirtió en la columna vertebral del movimiento peronista, que no la creó, sino al cual se incorporó por decisión mayoritaria de los propios trabajadores. Esa relación, muy diferente a las mencionadas antes, perduró sobre la base de una identificación doctrinaria, identidad que resistió y supo sobreponerse a todos los intentos emprendidos por quebrarla, desde el derrocamiento de Perón en 1955 hasta la dictadura genocida instaurada en 1976; además de aguantar los embates que, incluso desde sectores del Partido Justicialista, ha venido sufriendo a partir de la recuperación de la democracia.

¿Ocaso del sindicalismo? Con la vuelta a la democracia, distintos análisis plantean que el peronismo estaría atravesando una “desindicalización”. La expresión, además de ser difícil de pronunciar, supone que el peronismo alguna vez fue un “partido sindical” o laborista, lo que como

todos sabemos, no es cierto. En cambio, si lo que se quiere decir es que en sus estructuras partidarias se fue debilitando la presencia del movimiento obrero como su rama sindical, debemos enmarcar este fenómeno en la crisis de conducción del peronismo, una situación más que evidente.

Quienes opinan que habría una división política del sindicalismo como producto de que la dirigencia y la militancia gremial estarían adoptando una actitud “corporativa”, fragmentada en la defensa de los intereses parciales de cada sindicato, y donde los gremios en mejor situación relativa se estarían “cortando solos” y estableciendo acuerdos políticos por separado, deberían recordar que la historia muestra que suelen ser los sindicatos mejor pagos los que encabezan las grandes luchas, los ejemplos de Mecánicos y Luz y Fuerza en la década de los ´70 como así también las estructuras gremiales que fueron las más firmes cuestionadoras de las políticas antipopulares. La experiencia argentina no se limita a los casos citados y lo atestigua de sobra, tanto en los tiempos de los Rosariazos, Cordobazo y Viborazo, como en jornadas de lucha más recientes del presente, aún con las dificultades que plantea la tremenda realidad nacional.

La unidad que construimos en la CGT, la incorporación a ella de los movimientos sociales, los reclamos y las acciones que hemos venido desarrollando muestran un rumbo que impulsa políticas en defensa del conjunto de la clase trabajadora y del pueblo argentino.

En todo caso, los alineamientos políticos observables en el sindicalismo, obedecen también a la crisis de conducción del peronismo.

No me cabe duda que, como ha ocurrido a lo largo de toda la historia de nuestro movimiento, hay sectores dentro de la

dirigencia que tienen un marcado sesgo antisindical. En los últimos 30 años, y específicamente en los períodos cuando gobernó nuestro partido, una importante fracción del Movimiento Justicialista apostó a gobernar con otra alianza distinta a la que constituyó la base histórica del peronismo.

Las agrupaciones peronistas o paraperonistas, con más énfasis o a veces con disimulo, fueron cercenando espacios al movimiento obrero organizado, desconociendo el mandato histórico del General Perón para quien las organizaciones sindicales y sus dirigentes constituían la columna vertebral de su estrategia política. Inclusive, esto lo reafirmó en actos masivos que se hicieron pocos días antes de su muerte y que toda la ciudadanía, y especialmente los trabajadores, recordamos. También es posible que otros dirigentes políticos, como parte del fenómeno global que ya mencionaba antes, apuesten a eso.

Pero insisto, no creo que el peronismo, en su conjunto, esté sufriendo este proceso, sino que atraviesa una profunda crisis de conducción que es necesario resolver.

El peronismo en su laberinto. Aquí es donde está el centro del problema y donde a los dirigentes y militantes gremiales peronistas nos toca un papel y, a la vez, una responsabilidad ineludible. Hay que asumir un rol de conducción capaz de revertir la crisis dirigencial y la fragmentación política del peronismo.

Como lo reconoció el General Perón a su regreso a la Patria tras años de exilio, “la prudencia y la sabiduría” de los dirigentes gremiales fue la que garantizó la continuidad y vitalidad del movimiento en los peores momentos de proscripción. No estoy comparando a los actuales dirigentes sindicales, ni mucho menos a mi persona, con los de aquella época, que además es muy distinta de los

tiempos que vivimos. En todo caso, al futuro le tocará decir si fuimos capaces de demostrar esa prudencia y esa sabiduría que elogiaba nuestro conductor, en el contexto en que nos toca actuar.

Sin creernos los dueños de la verdad, formulando responsablemente todas las autocríticas que correspondan por nuestros errores y trabajando con todos los compañeros dispuestos a asumir la tarea, debemos cumplir ese papel histórico para superar la crisis de conducción del peronismo y ponerlo al servicio de los intereses superiores de la Nación.

Salir del laberinto implica recuperar un genuino y moderno pensamiento nacional y popular basado en las pautas doctrinarias históricas, capaz de brindar una respuesta a las demandas de las mayorías, que sueñan esa patria justa, libre y soberana para todos aquellos que quieran habitar el suelo argentino.

EL MUNDO DEL TRABAJO Y LA DIGNIDAD HUMANA

Perfil, 10 diciembre 2016

El autor hace suyas las ideas del papa Francisco sobre la economía, en especial sobre el rol social que deben cumplir las empresas. El ejemplo del empresario argentino Enrique Shaw, exaltado por Jorge Bergoglio.

Hace ya tiempo se acuñó la expresión “mundo del trabajo” para referirse al muy amplio conjunto de realidades y relaciones que hacen a nosotros, los trabajadores, no solo en lo estrictamente laboral sino también en lo social, cultural, político. Más allá de sus alcances en el ámbito académico, la frase “mundo del trabajo” sabe expresar la muy variada realidad que vivimos los millones de personas que diariamente ponemos el cuerpo, el alma, la

inteligencia, la creatividad, la voluntad y la vocación para producir todos los bienes y servicios que generan la riqueza de la sociedad en todo el mundo.

Y es aquí que nos encontramos frente a uno de los dramas más terribles de nuestro tiempo, que excede ya el plano económico, social y político para alcanzar las dimensiones de una verdadera catástrofe vital y moral: ese mundo del trabajo está siendo destruido en múltiples formas, desde su misma base: el trabajo. Destrucción por despidos, desempleo estructural, lanzamiento a la marginación y exclusión de millones de congéneres a quienes, como si fuesen “descartables”; en palabras del papa Francisco, se les niega el derecho, más que el deber, de “ganarse el pan con el sudor de su frente”. Destrucción por la brutal desvalorización y explotación de la labor creadora y transformadora de millones de hombres y mujeres, sometidos a condiciones de trabajo que atentan contra su dignidad humana, con salarios de hambre, sin el reconocimiento de sus derechos laborales, sociales, sindicales, sin posibilidad de forjarse un futuro mejor para ellos y para sus hijos.

Ante este panorama, cuando se atacan las condiciones de vida más elementales con el supuesto argumento de que hay que reformular las normas y convenios que regulan el mundo del trabajo para “ponerlas a la altura del siglo XXI”, es necesario dar, no sólo la dura batalla que cotidianamente libramos en defensa de los derechos y la dignidad de todos los trabajadores, ocupados y desocupados, sino también una verdadera “batalla cultural” para hacerle frente a la difusión de ese tipo de discursos e ideologías que no son más que una globalización del egoísmo, la naturalización del “sálvese quien pueda”, la destrucción de los más elementales lazos de solidaridad.

Por eso cobra una relevancia insoslayable el pensamiento que sostiene, como fundamento de la relación entre los seres humanos, esas ideas de solidaridad, hermandad e igualdad, de comunidad, y que ve en hombres y mujeres, no las cifras de un balance o una estadística, sino a personas integrales, cuyo pleno desarrollo y realización es el sentido de la vida en sociedad. Me refiero a la Doctrina Social que la Iglesia ha venido elaborando desde la pionera encíclica *Rerum novarum*, de 1891.

No sólo de utilidades vive la empresa. Me imagino que no faltará quien, desde los centros de difusión de ese egoísmo globalizado, salga a replicar que las enseñanzas y propuestas de la Doctrina Social de la Iglesia son muy “lindas” para predicar en el sermón dominical, pero que en el “día a día de la empresa” hay que dejarlas de lado.

Humildemente, me permito recordarles, recurriendo a palabras que no son mías, que: “Hoy es cosa sabida que nada anda bien en una sociedad donde muchos andan mal”.

Esta frase no está extraída del acto del 18 de noviembre pasado cuando nos movilizamos, unidos, los trabajadores organizados y los movimientos sociales, reclamando soluciones ante la más que notoria emergencia social que atraviesa el país. Esas palabras, de incuestionable actualidad, fueron escritas hace más de medio siglo, por un empresario argentino.

Se llamaba Enrique Shaw, y a lo largo de su breve vida (falleció de cáncer a los 41 años de edad, en 1962) predicó y, sobre todo, practicó la Doctrina Social de la Iglesia, consciente de que, como él mismo afirmaba, ser “patrón” no es un privilegio, sino una función social.

Hoy, que tanto se habla de la responsabilidad social empresaria, sería bueno que sus colegas, tanto los que se

desempeñan en la actividad privada como los que ahora ejercen cargos públicos, leyera su libro Notas y apuntes personales, o la biografía que escribió Ambrosio Romero Carranza, Enrique Shaw y sus circunstancias.

Una actitud empresarial diferente. Shaw provenía de una de las familias más ricas y poderosas de la Argentina.

Enamorado del mar, en su juventud desarrolló una exitosa carrera como oficial de la Armada, hasta que pidió la baja para convertirse en “dirigente de empresa”, como él llamaba a su profesión y vocación. Aclaro, por las dudas, que nunca fue peronista ni, mucho menos, “estatista”. Al contrario, era un defensor de la “libre empresa”. Pero Shaw era un católico practicante y tenía en claro que la economía está al servicio del bien común de hombres y mujeres, y no al revés.

Guiado por ese concepto, Shaw les recordaba a sus colegas que el fin primario de una empresa es producir bienes y servicios, y que las utilidades deben estar al servicio de esa finalidad; que la “eficiencia”, invocada tantas veces para degradar las condiciones laborales y de vida del asalariado, es necesaria para “garantizarles el trabajo” a sus empleados: “Es un deber hacer prosperar la empresa, pero no únicamente para ganar dinero. Hay que pensar en los hombres que trabajan, que sin duda Dios aprecia mucho más a los obreros”.

Sostenía que en el ámbito laboral había que generar “una comunidad humana”. “Que en la empresa los obreros tengan: voz y voto, en cuestiones sociales. Comité de seguridad e higiene, cumplimiento de las leyes, reglamento interno, reglas generales para consumos. Que también tengan voz en cuestiones técnicas, que estén enterados de cuestiones económicas y financieras”.

Y de manera contundente, advertía: “Una patronal que no busca más que defender su posición es incapaz de mantener la paz social”.

Predicar con la práctica. Shaw ponía en práctica lo que predicaba. Y no sólo no le fue mal, sino que en los más de diez años que estuvo al frente de Cristalerías Rigolleau, la convirtió en una empresa exitosa y pujante. Cuando le detectaron la enfermedad y tuvo que ser operado, los médicos se sorprendieron por la cantidad de donantes de sangre: era casi todo el personal de la fábrica. Y, al retomar sus tareas, Shaw les agradeció doblemente: por el gesto solidario y porque ahora en sus venas corría “verdadera sangre de obrero”.

Shaw aplicaba, con firme convicción, los principios de la Doctrina Social de la Iglesia: la dignidad del ser humano y su realización tomando en cuenta el bien común, como fundamento de todo orden social, cultural, político y económico justo.

Esos mismos principios animan la concepción y la acción de los trabajadores argentinos, y debemos reafirmarlos con más fortaleza que nunca, en estos tiempos en que el mundo, como si careciese de timón, pareciera ir rumbo al naufragio.

Toda persona necesita del trabajo para reafirmar su dignidad, y esto convierte al trabajo en un derecho. Su falta, el de-sempleo, es la medida de fracaso de todo sistema económico. Un sistema que priva a millones de hombres y mujeres de la dignidad de ganarse el pan y proveer a las necesidades de su familia, está cometiendo un doble crimen. Ante todo, contra quienes excluye, como si fuesen “descartables”, al negarles lo básico para afirmar y desarrollar su condición humana en plenitud; y al mismo tiempo, un crimen contra sí mismo, en una actitud suicida:

carece de futuro un sistema que no puede brindarles expectativas de futuro a quienes viven o sobreviven en él.

Hay que enfrentar la nueva esclavitud. Se trata de una bancarrota también moral, en la que no faltan quienes medran explotando a sus semejantes. Para que dignifique al ser humano, el trabajo debe realizarse en condiciones de libertad, creatividad, participación y solidaridad, como recientemente ha recordado el papa Francisco.

El trabajo digno lo es tanto en el progreso económico en que se realiza, como también en la relación con el ambiente natural y social, en un concepto de desarrollo que considera a las personas como seres humanos integrales, y que la encíclica Laudato si desarrolla en sus múltiples aspectos y con el cuidado de “nuestra casa común” que es la Tierra.

En la Argentina hoy padecemos las consecuencias de esa bancarrota. El 36% de los trabajadores empleados no están protegidos por las leyes, los trabajadores “en negro” carecen de seguridad social y nada permite asegurar que las condiciones de trabajo respondan a todos los beneficios laborales propios de una sociedad civilizada. Estamos de ese modo retrocediendo siglos en el calendario de la historia, a tiempos en que era considerado “natural” que unos hombres sometiesen a esclavitud o servidumbre a sus semejantes.

En mayo de 2016, el papa Francisco lo dijo con todas las letras: “El que se enriquece con la explotación, el trabajo en negro y los contratos injustos es una sanguijuela que esclaviza a la gente”. Esta verdadera esclavitud afecta de manera directa a quienes la padecen y, de manera indirecta pero cada vez más cercana, a todos los demás miembros de la sociedad, sometidos al temor y la amenaza

de perder su empleo, en lo que no puede calificarse sino como una forma de terrorismo socioeconómico.

Frente a la “cultura del descarte”, la marginación, la destrucción de las esperanzas de un futuro mejor a millones de semejantes; frente al terrorismo de la amenaza a quedar excluidos y la nueva esclavitud de la explotación y la injusticia; ante todas estas formas que adopta el egoísmo globalizado en su acción destructora, es necesario convocar, con humildad pero con total firmeza, a dar la batalla en todos los ámbitos, también el cultural, en defensa del mundo del trabajo, su dignidad y sus valores solidarios.

Como afirmaba Enrique Shaw, expresando lo aprendido en la Doctrina Social de la Iglesia: “Por el hecho de ser hombres –aunque no fuéramos cristianos, pero mucho más siéndolo– tenemos el deber de mejorar el mundo”.